



En la primera parte del díptico vemos a **Cristo, Crucificado y Resucitado**, revestido con las vestiduras sacerdotales. Tenemos un **sumo sacerdote** que toma parte de nuestras debilidades y que a través del sacrificio de sí mismo une la humanidad con Dios Padre. (cf. Heb 4, 15; 9, 12-14.26).

Sobre Él aparece la **mano del Padre** que lo acoge en el santuario celeste. Gracias a Jesús, conocemos las obras del Padre y sabemos que su mano es una mano que da y que no retiene nada para sí. “Él, que no se reservó a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él?”.

En su donarse a la humanidad entera, Cristo derriba el **muro** que en el templo separaba el pueblo elegido de los paganos. “Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad.” (Ef 2, 14). La separación no existe más y para todos se abre la posibilidad de caminar sobre el **camino** de la vida nueva.

Junto a Cristo, o mejor como parte de Él, de su Cuerpo, está la **Madre de Dios**, figura de la **Iglesia** que recoge el agua y la sangre que brotan del **costado abierto** del Hijo, símbolo de los sacramentos. Dentro del **cáliz** se esconde una **paloma** símbolo del **Espíritu** que aleteaba sobre el Hijo de Dios en el agua bautismal y que ahora aletea sobre los sacramentos. Estamos frente al don del Espíritu Santo que nos hace partícipes de la vida de Dios mismo, la vida filial, la vida de comunión.

María- Iglesia, unida a Cristo, entrega el cáliz al **centurión**, un “pagano” que en realidad es el primer creyente, el primero en reconocer en Cristo Crucificado al Hijo de Dios. “Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo. El centurión, que se encontraba frente a él, habiéndolo visto morir de aquel modo dijo: verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.” (Mc 15, 37-39).

El **velo** del santuario se rasgó con su muerte en la cruz, abriendo a todos la posibilidad de encontrar a Dios (cf. Heb 10, 19-20). Contemplando el costado abierto de Jesús el centurión se abre al don del Espíritu Santo. Ninguno puede decir que Jesús es el Señor si no bajo la acción del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 12,3). Detrás de él vendrá una **multitud** de personas que, gracias a su testimonio, llegarán a la fe y serán a su vez **revestidos de Cristo** (Gal 3, 27), más aún, incorporados al Cuerpo de Cristo, gracias al bautismo como “hijos en el Hijo”, que reciben la vida divina bebiendo del Cáliz.

La **estola sacerdotal** nos recuerda que asumiendo la naturaleza humana Cristo ha abierto a todos los hombres la posibilidad de llegar a ser hijos y de vivir la vida como comunión, como paz, como reconciliación. Mediante su muerte, con la cual nos ha unido en el cuerpo de su carne (cf. Col 1,22) podemos acceder como hijos libres al Padre.

Gracias a este don del Hijo de Dios en la cruz y su ascensión al Padre, el Espíritu Santo puede descender sobre la humanidad entera. La Iglesia es llamada a manifestar que “Dios no hace acepción de personas” (Hch 10, 34), porque Cristo ha derribado cualquier muro.

Es aquí, en el corazón de Cristo, donde tiene origen la sinodalidad.



La segunda parte del díptico nos sitúa delante de un **Pentecostés** perenne donde, en torno a una mesa, encontramos a los **apóstoles** con **Pedro** en el centro y a su derecha **Cornelio**, otro centurión, con su familia.

De la mano de Dios Padre fluyen las llamaradas del Espíritu Santo, iluminando a todos y donándoles la vida filial de modo que puedan vivir como hijos y por tanto como hermanos y hermanas. La comprensión recíproca, la colaboración, la comunión de los hombres, la unidad de la humanidad no es una realidad solo horizontal, sino un don que viene de Dios Padre y que viene acogido. Este don es el amor de Dios que nos ha sido revelado por la Pascua de Cristo.

El centro de la imagen es por eso el **Cordero pascual** (cf. Ap 5,6), inmolado pero vivo, erguido y radicalmente **orientado al Padre**. Su herida resume lo que hemos contemplado en la primera imagen y sigue recordándonos que la sinodalidad es un don que nace del corazón de Cristo. La sinodalidad es el modo de ser en comunión y de caminar juntos que a la luz del Espíritu Santo y por la fuerza de la Pascua del Hijo nos orienta al Padre y nos hace discernir su voluntad.

Sobre la mesa está preparado el **mantel con varios animales**, el mismo que delante de Pedro, le hizo comprender que ningún hombre es indigno a los ojos de Dios (cf. Hch 10, 28-29). Pedro está viviendo una verdadera conversión, provocada por el Espíritu que le ha hablado a través de la visión del mantel con los animales y lo ha conducido al encuentro con Cornelio. Bajo la cruz María reconoce en el centurión pagano al primer

creyente. En el encuentro con Cornelio, también centurión pagano, Pedro comprende también que aquellos a los que llamaba paganos Dios quiere que sean su pueblo. Y cuando Pedro anuncia el kerigma, es decir el contenido de la primer parte del díptico, el Espíritu Santo se infunde sobre todos los presentes (cf. Hch 10, 37-44).

Este episodio, antecedente de aquel “concilio” de Jerusalén que constituye una referencia crucial para una Iglesia sinodal, nos transmite la experiencia del Espíritu por la que Pedro y la comunidad primitiva reconocen que no pueden poner límites a la fe compartida.

Otra figura que vemos emerger en el grupo es la mujer **Cananea** (cf. Mt 15, 21-28), aquella que, pidiendo con humildad de la gracia de la curación de su hija, recordó al Señor que también los perrillos se alimentan de las migajas que caen de la mesa. Su presencia en la mesa de los redimidos manifiesta como el espíritu Santo en la Iglesia congrega a la humanidad donando todo lo necesario de modo que pueda vivir como redimida.

Observando las **miradas** podemos captar la presencia del Espíritu en todos. Todos son iluminados por el Espíritu, todos se convierten en templo del Espíritu. Hay quien mira hacia lo alto, porque el Espíritu nos enseña a invocar “Abba, Padre” (cf. Rom 8, 15-16). Hay quien mira hacia del Cordero, símbolo del amor de Dios derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo(cf. Rom 5,5).Otras miradas se cruzan, porque quien ha acogido el anuncio de Pedro se llena del Espíritu Santo.

Otros en cambio miran hacia nosotros.

El Espíritu de hecho desciende también sobre todos nosotros y nos introduce, como a la Cananea, en una actitud de humildad, de escucha, haciéndonos así pasar de una religión que con sus ritos nos ata, a la confianza, a la fe en el amor que Dios tiene por todos y que nos libera de todo condicionamiento cultural y étnico. También para nosotros cristianos existe riesgo de que la fe que es vida nueva, de comunión, eclesial, se convierta en una religión, esto es, en una estructura con prescripciones, doctrinas y costumbres que debemos observar para ser conformes a lo que pensamos sea el “ideal religioso”.

Este díptico “sinodal” es una llamada a superar las divisiones y a disponernos a aquella actitud gracias a la cual podemos estar unos a la escucha de los otros y todos a la **escucha del Espíritu Santo** el “Espíritu de la verdad” (Jn 14, 17) y así participar en el modo en el que Dios guía la historia, el del Cordero pascual, es decir del don de uno mismo.

Todo el díptico “sinodal” está creado sobre la relación rojo-azul esto es, sobre la divina humanidad de Cristo y de la Iglesia.

El rojo señala a Dios porque es el color del fuego, del calor y de la luz y también de la sangre y por eso de la vida que tiene su fuente en Dios.

El azul señala al hombre porque el hombre es la única criatura que mira el cielo, mientras todas las otras criaturas si miran hacia la tierra.

Hay diversos azules por las diversas personas, porque cada persona es única.